



## prenatal y primeros meses

**D**

EJANDO a un lado el aspecto puramente orgánico, fisiológico y químico de las relaciones entre ambos, a partir de cierto momento de la

gestación, la madre y el hijo no pueden ya confundirse. Sin duda la especie de comunión neuro-vegetativa persiste, y quizá ésta permita comprender la impor-

tancia que parece tener para el futuro ser el consentimiento de la mujer a su maternidad, puesto que la dicha y la alegría tienen una traducción humoral que debe ser favorable a la gestación.

Pero cuando el niño comienza a moverse no es ya la madre la que dicta sus movimientos, sino que goza de cierta autonomía en el seno materno, cuyas características principales son el ser protector y nutritivo. Estas funciones maternas continuarán ejerciéndose después del nacimiento, pero, poco a poco, disminuirán, ya que el sistema nervioso central del niño jugará un papel cada vez más importante: al contacto con el mundo exterior se establecerán reflejos condicionados, en tanto que se afirmará y se desarrollará el dinamismo personal del nuevo ser, que pronto ocupará su lugar en el mundo.

La llegada al mundo constituye un brutal cambio de ambiente. La epidermis, hasta entonces protegida de todo contacto y de toda variación de temperatura, se encuentra sometida, de repente, a una cantidad de sensaciones hasta entonces desconocidas. El choque que sufre el recién nacido puede compararse a lo que sería para nosotros el sumergirnos súbitamente en agua hirviendo o helada. Puede objetarse que el niño no se acuerda de nada; pero esta amnesia no permite asegurar que el trauma del nacimiento no afecte al ser humano. Las bases de la personalidad son inconscientes, y parece legítimo pensar que un acontecimiento tan importante trace alguna huella.

El ambiente en el cual va a vivir el niño en lo sucesivo, preexiste. Generalmente, antes de verlo en carne y hueso, sus padres le habían ya imaginado: han pensado en su carácter, en sus cualidades, en su sexo... lo cual hace que puedan sentirse decepcionados o no, al comprobar que es niño o niña.

El nacimiento constituye, por tanto, una primera confrontación entre la imaginación y la realidad. El

recién nacido puede ser considerado por los padres (y, sobre todo, por la madre) como una parte de su ser o, por el contrario, como una especie de cuerpo extraño. Las reacciones del ambiente son inciertas y, por consiguiente, el destino del individuo está en juego. Pues el medio ambiente puede tener tendencia a expulsar este «cuerpo extraño» o, por el contrario, a asimilarlo (a veces, exageradamente).

La justa medida es siempre lo más difícil. El niño está sometido a unas exigencias contradictorias de dependencia e independencia; tiene necesidad de los demás, pero, para alcanzar su desarrollo, es preciso que sepa prescindir de ellos. Este desarrollo debe producirse a cierto ritmo, por lo que hay que evitar que el medio ambiente lo frene o lo acelere más de lo conveniente.

Este primer ambiente al aire libre es todavía exclusivamente materno. La madre se ha convertido, de repente, en un «objeto» exterior, pero él no la reconoce inmediatamente como un objeto: busca sólo su contacto, tan necesario para experimentar un sentimiento de bienestar y de seguridad. El coger un niño en brazos, el acunarlo de vez en cuando no es (como suponen algunos) mimarlo: es facilitar su adaptación a la existencia.

Pero el ambiente materno es un ambiente de transición, y la madre fracasaría en su papel si mantiene al niño bajo su dependencia en vez de esforzarse en servirle de introductora en el universo. Es a través de la madre como el niño se comunica con el mundo exterior; es ella la que le enseña a sonreír, la que provoca sus balbuceos. Los pequeñinos de su edad más bien le asustan y sólo a través del adulto (principalmente su madre) aprende a comunicarse con ellos.

El niño pasa, pues, progresivamente, de un medio casi fisiológico a un ambiente psicológico que se caracteriza por la aparición de verdaderas relaciones de persona a persona.

Pero la conquista de la autonomía no es asunto de un día. El niño, que no posee todavía medios verbales de expresión, está tanto más sometido a las fluctuaciones de su madre. Por eso las angustias, las neurosis maternas repercuten sobre él de un modo directo. El bebé las sufre y las traduce a su lenguaje, que es el lenguaje del cuerpo y de sus funciones: con trastornos de nutrición, alteraciones en el sueño, faltas de apetito, etc., es como responde el niño a las alteraciones afectivas de la madre que, a su vez, sufre la influencia del medio ambiente. Su comportamiento

con el bebé depende de su propia seguridad y de sus satisfacciones afectivas. Y es aquí donde comienza el papel del padre, que se ejerce a través de ella.

El universo del niño se ensancha y se diversifica: el padre interviene, haciendo cesar el dúo madre-hijo; más tarde vendrán los hermanos, los amigos... La situación se complica y el niño tendrá que acostumbrarse a nuevos ambientes, desarrollándose en él, poco a poco, su sentido social.

